

nos libros... en un rincón una modesta...

Hasta entonces para él que sobrevivía un golpe...

Como Gilliatt era joven, en París se...

Además, su traje, que era el de un trabajador...

Además, los grandes libros que tenía en un estante...

IV.

No iba jamás a la capilla, la noche...

IMPOPULARIDAD.

Las personas acomodadas de la calle de Saint-Sampson...

Gilliatt, como hemos dicho, no era bien querido en la parroquia. Nada más natural que la antipatía que inspiraba. En primer lugar, según lo hemos explicado ya, esta antipatía reconocía un origen muy legítimo en la casa que habitaba. Luego su origen. ¿Quién era aquella mujer? ¿A qué ese niño? No gusta a las gentes del país que haya enigmas respecto de los extranjeros.

Además, su traje, que era el de un trabajador, no obstante que él, sin ser rico, tenía de qué vivir sin trabajar. Además, su jardín, que conseguía cultivar y del cual sacaba patatas, a pesar de las tempestades del equinoccio.

Además, los grandes libros que tenía en un estante y que leía.

Otras razones.

¿Por qué vivía solo? El Bu de la Calle era una especie de lazareto; Gilliatt hacía cuarentena, y era por tanto muy sencillo que llamase la atención su aislamiento y se le hiciese responsable de la soledad que reinaba en torno suyo.

No iba jamás á la capilla. De noche salía con frecuencia. Un día se le vió sentado en la yerba con ademán estático. Visitaba con frecuencia el cerro de la Ancresse y las piedras encantadas esparcidas por los campos. No faltaba quien creyese estar seguro de haberle visto saludar respetuosamente la Roque qui Chante. Compraba todos los pájaros que le presentaban y los soltaba. Era atento con las personas acomodadas de la calle de Saint-Sampson, pero daba más de un rodeo para no pasar por ella. Pescaba con frecuencia, y volvía siempre con buena pesca. Trabajaba en su huerto los domingos. Tenía un boug pipe (especie de gaita) comprado á unos soldados escoceses que pasaban por Guernesey, y lo tocaba sentado en una roca á la orilla del mar, al declinar de la tarde.

Hacia gestos como un sembrador de granos. ¿Qué le ha de suceder á un país que alberga á un hombre semejante?

En cuanto á los libros, que procedían de la muerte y él los leía, eran poco tranquilizadores. El reverendo Jaquemin Hérode, rector de Saint-Sampson, cuando en-

tró en la casa para el entierro de la mujer, leyó en el lomo de dichos libros los títulos siguientes: *Dictionnaire* de Rosier, *Candide*, por Voltaire, *Avis au peuple sur sa santé*, por Tissot. Un caballero francés, emigrado, que vivía en Saint-Sampson, había dicho: *Ese Tissot debe ser el que llevó en sus manos la cabeza de la princesa de Lamballe.*

El reverendo había notado en uno de los libros un título verdaderamente fatídico y amenazador: *De Rhubarbaro.*

Digamos, sin embargo, que estando la obra, como su título indica, escrita en latín, era muy dudoso que Gilliatt, que no sabía latín, la hubiese leído.

Pero precisamente los libros que un hombre no lee son los que más le acusan. La inquisición de España ha juzgado este punto y le ha puesto fuera de duda.

Por lo demás, el libro era ni más ni menos que el tratado del doctor Tilingius *sobre el Ruibarbo*, publicado en Alemania en 1679.

No se podía asegurar si Gilliatt se dedicaba á encantamientos, filtros y otras diabluras. Lo cierto es que tenía redomas.

¿Por qué por la tarde, y algunas veces por la noche, se paseaba por los alcantilados?

Sin duda alguna lo hacía para trabar conversación con las malas gentes que durante la noche se hallan en la playa.

Una vez ayudó á la hechicera de Torteval á desato-

llar su carro. La hechicera era una vieja que se llamaba Montonne Gahy.

Interrogado sobre su profesion en un empadronamiento que se hizo en la isla, respondió.—*Pescador, cuando hay peces que coger.*

Pongámonos en el puesto de los interrogadores. Semejantes respuestas no gustan á nadie.

La pobreza y la riqueza son relativas. Gilliatt tenia tierras y una casa, y comparado con los que nada absolutamente tenian, no era pobre. Un dia para experimentar, y tal vez tambien para iniciar una declaracion, pues hay mujeres que con tal de casarse se casarian con el diablo si fuese rico, una jóven dijo á Gilliatt: ¿Cuándo pensais en tomar esposa? El respondió: *Tomaré esposa cuando la ROQUE QUI CHANTE tome marido.*

La Roque qui Chante es un peñasco que se levanta verticalmente en un huerto próximo á la casa del señor Lemézurier de Fry. Es una piedra que debe ser muy vigilada. No se sabe lo que hace allí. Se oye cantar en ella un gallo, lo cual es muy desagradable. Está perfectamente demostrado que la han colocado en aquel huerto las fantasmas, que es como si dijéramos los duendes.

De noche, cuando truena, si se ven volar hombres en las nubes rojas y en el aire tembloroso, estos hombres son duendes. Una mujer, que reside en Grand Mielles, los conoce perfectamente. Una tarde que habia duendes en una encrucijada, la tal mujer dijo á un carretero que no sabia qué camino tomar: *Preguntádselo á ellos; son ge-*

nios benéficos y la gente mas atenta del mundo. Podia apostarse cualquiera cosa que aquella mujer era una bruja.

El juicioso y sabio rey Jacobo I hacia cocer vivas á las mujeres de esta especie, cataba el caldo, y segun el gusto que le encontraba decia: *Era una bruja, ó bien: no era una bruja.*

Es de sentir que los reyes actuales no posean ya esos talentos.

No sin poderosos motivos vivia Gilliatt en olor de brujería.

Durante una tempestad, á media noche, se oyó á Gilliatt que se hallaba solo en el mar metido en una barca por el lado de la Sommeilleuse, preguntar:

—¿Hay paso?

Una voz exclamó desde lo alto de las rocas:

—¿Eres valiente?

¿A quién hablaba, á no haber alguien que le respondiese? La prueba nos parece decisiva.

En otra noche tempestuosa y tan negra que no se veia ningun objeto, muy cerca de la Catiau-Roque, que es una doble hilera de peñas á que van los hechiceros, las cabras y los duendes á bailar los viernes, se creyó reconocer la voz de Gilliatt mezclada en la siguiente espantosa conversacion:

—¿Qué tal se encuentra Vésin Brovard? (albañil que habia caido de un tejado).

—Está en via de curacion.

—Parece imposible. Ha caído de una inmensa altura, y es asombroso que no se haya roto ni un hueso.

—La última semana los pescadores de la costa tuvieron buen tiempo.

—Mejor que hoy.

—Y tanto. Hoy no habrá en el mercado un pescado para un remedio.

—Hace demasiado viento.

—Será imposible echar las redes.

—¿Cómo está Catalina?

—Encantadora.

«Catalina» era evidentemente una hechicera.

Segun todas las apariencias, Gilliatt ejercía de noche sus malas artes.

Por lo menos nadie dudaba de ello.

Algunas veces se le veía echar agua en el suelo con un cántaro. Y el agua que cae en tierra traza la firma de los diablos.

En el camino de Saint-Sampson, delante del parador número 1, hay tres piedras sobrepuestas que forman una escalera. En su plataforma, actualmente vacía, había habido una cruz, si no una horca. Estas piedras son muy malignas.

Algunas personas muy cuerdas y otras muy dignas de crédito, aseguraban haber visto cerca de las tres piedras á Gilliatt platicando con un sapo.

Y como en Guernesey no hay mas que culebras, y donde abundan los sapos es en Jersey, es claro que el sapo

se había trasladado á nado desde Jersey á Guernesey, para hablar con Gilliatt. La conversacion era amistosa.

Estos son hechos probados, y la prueba es que las tres piedras se hallan aun allí. Los incrédulos pueden verlas, si gustan, y á poca distancia distinguirán una casa en cuya fachada se lee este letrero: *Comerciante en ganado muerto y vivo, en jarcias viejas, hierro, huesos y cacharros, paga puntualmente.*

Mala fe se necesitaria para negar la existencia de las mencionadas piedras y de la mencionada casa. Todo eso perjudicaba á Gilliatt.

Solo los estúpidos ignoran que el mayor peligro en los mares de la Mancha es el Roi des Auxerimiers. No hay personaje marítimo mas terrible. El que le ha visto naufraga entre un San Miguel y otro.

Es pequeño, siendo enano, y es sordo, siendo rey. Sabe el nombre de todos los que han perecido en el mar y el punto en que se encuentran. Conoce á fondo el cementerio Océano. Su cabeza es gruesa en la base y estrecha en la coronilla; tiene un cuerpo rechoncho, un vientre glutinoso y disforme, abolladuras en el cráneo, piernas cortas, brazos largos, en lugar de pies aletas, en lugar de manos garras, y un ancho semblante verde.

Sus zarpas son membranosas como las patas de los palmípedos y sus aletas están armadas de uñas.

Imaginémonos un espectro pez con cara de hombre. Para acabar con él seria menester exorcizarlo ó pescarlo. Entre tanto es siniestro.

Nada asusta tanto como percibirle. Encima de las olas y de la marejada, al trasluz del denso velo de la bruma, se entrevé un lineamiento que es un ser; una frente deprimida, una nariz aplastada, unas orejas chatas, una boca desmedida y sin dientes, un hocico verdoso, unas cejas triangulares y unos grandes ojos muy alegres.

Es rojo cuando el relámpago es lívido, y pálido cuando el relámpago es de color de púrpura. Tiene una barba rígida que, cortada en cuadro, se destaca de una membrana á manera de esclavina que está adornada con catorce conchas, siete anteriores y siete posteriores. Estas conchas son extraordinarias en concepto de todos los peritos en conchas. El Roi des Auxcriniens no es visible sino cuando está el mar violentamente agitado. Es el farsante lúgubre de la tempestad. Se ve esbozarse su forma en la niebla, en la racha de viento, en la lluvia. Su vientre es asqueroso. Una armadura de escamas le tapa los costados como si fuese un chaleco.

Se sube á lo mas alto de las olas encrespadas que brotan bajo la presión de las ráfagas, y se retuercen como las virutas que salen del cepillo del carpintero. Se mantiene todo entero fuera de la espuma, y si hay en el horizonte buques en peligro, palidece en la sombra con el semblante iluminado por el resplandor de una vaga sonrisa, y empieza á bailar con ademanes locos y terribles.

Es un terrible encuentro.

En la época en que Gilliatt era una de las preocupaciones de Saint-Sampson, las últimas personas que habían

visto al Roi des Auxcriniens, declaraban que en su esclavina no habían notado mas que trece conchas. Trece; esto era muy peligroso.

¿Qué se había hecho la que hacia el número catorce? ¿Se la había dado á alguien? ¿A quién se la había dado? Nadie podía decirlo, y era preciso limitarse á simples congeturas.

Lo cierto es que M. Lupin-Mabier, del lugar de las Godainas, hombre de peso, propietario de muchas campañas, estaba dispuesto á asegurar, bajo juramento, que vió un dia en manos de Gilliatt una concha singularísima.

No era raro oír entre dos lugareños entablarse los diálogos siguientes:

—¿No es verdad, vecino, que tengo un buey excelente?

—Hinchado, compadre,

—Es posible.

—Tiene mas sebo que carne.

—¿De veras?

—¿Estais seguro de que Gilliatt no le ha hecho mal de ojo?

Gilliatt se detenía en la márgen de los campos cerca de los labradores, y en la de las huertas cerca de los hortelanos, y solía dirigirles palabras misteriosas:

—Cuando el mordisco de diablo florezca, segad el centeno de invierno.

(Paréntesis: el mordisco de diablo es la escabiosa).

—Si el fresno echa hojas, habrán terminado las heladas.

- Solsticio de verano, cardo en flor.
- Si no llueve en junio, blanquearán los trigos. Temed el tizon.
- Si el cerezo forma sus racimos, desconfiad de la luna llena.
- Si el sexto día de la luna el tiempo sigue como el cuarto ó el quinto, seguirá lo mismo, de doce veces nueve en el primer caso, y de doce once en el segundo, durante la luna toda.
- No perdais de vista á los vecinos que pleiteen con vosotros. Temed sus venganzas. Un cerdo á quien se da á beber leche caliente, revienta. Una vaca cuyos dientes se frotan con puerro, no come ya nunca mas.
- El esperinque desova, cuidado con las calenturas.
- La rana aparece, sembrad los melones.
- La hepática florece, sembrad el centeno.
- El tilo florece, segad los prados.
- El álamo de Flandes ú olmo de Ipreea florece, entoldad los carros.
- El tabaco florece, cerrad los invernaderos.

Y, cosa terrible, el que seguia estos consejos no tenia motivos de arrepentirse.

En una noche de junio en que tocó el bug pipe sentado en un mégano, por el lado de la Demie de Fontenelle, la pesca de la sarga tuvo un éxito desgraciado.

Cierta tarde, al bajar la marea, en la playa de en frente de su casa del Bu de la Calle, volcó una carreta cargada de fuco. Sin duda tuvo miedo de que se le encausase,

pues se dió mucha prisa en ayudar á levantar la carreta, y la volvió á cargar él mismo.

Una niña de la vecindad estaba llena de piojos. Gilliatt habia ido á Saint-Pierre Port, y volvió con un unguento con que frotó á la pobre criatura. Gilliatt con este procedimiento consiguió librarla de sus piojos, lo que prueba que él se los habia pegado.

No hay quien no sepa que hay un maleficio para cargar al prójimo de piojos.

Decíase que Gilliatt miraba los pozos, lo que es peligroso cuando la mirada es mala, y el hecho es que un día en los Arculons, cerca de Saint-Pierre Port, el agua de un pozo se tornó malsana.

La buena mujer á quien pertenecia el pozo dijo á Gilliatt: Ved lo que os parece esta agua, y le dió un vaso de ella. Gilliatt dijo que le parecia muy gruesa. La buena mujer, que estaba recelosa, repuso: Saneadla pues. Gilliatt le preguntó si tenia un establo, y si el establo tenia un sumidero, y si el conducto del sumidero pasaba cerca del pozo. La buena mujer contestó afirmativamente, y entonces Gilliatt entró en el establo, trabajó en el sumidero, varió el curso del conducto, y el agua del pozo volvió á ser potable. X

En el país se despacharon á su gusto al comentar el hecho. Un pozo no es malo y luego bueno sin motivo; la enfermedad de aquel pozo no pareció natural, y era efectivamente difícil no creer que Gilliatt se habia permitido respecto de su agua algun sortilegio.

Se notó que un día que había ido á Jersey se había alojado en Saint-Clement, calle de los Alleurs, que es como si dijéramos calle de los Aparecidos.

En las aldeas se recogen datos respecto de un hombre, se suman estos datos, y el total forma una reputacion.

Sucedió que Gilliatt fue sorprendido echando sangre por las narices. ¡Cosa grave! El patron de un barco que había navegado mucho, que había casi dado la vuelta al mundo, afirmó que en el país de los Tungosos todos los habitantes echan sangre por las narices.

Cuando se ve á un hombre echar sangre por las narices, ya se sabe lo que esto significa. Sin embargo, las gentes reflexivas hicieron notar que lo que caracteriza á los hechiceros en Tungosia, puede muy bien no caracterizarles del mismo modo en Guernesey.

En las inmediaciones de un San Miguel se le vió detenerse en un prado de los cercados de los Huriaux, que forman la margen de la carretera de los Videelins. Dió un silbido en el prado, y un momento despues apareció un ciervo, y otro momento despues apareció una marica. Fue testigo del hecho un hombre notable, que, despues de haber sido guarda de un soto, suministró importantes datos al encargado de componer un nuevo libro sobre reclamos.

En Hamel, en la veintena de la Epine, había algunas viejas que decían estar seguras de haber oído una mañana, al rayar el alba, á las golondrinas llamar á Gilliatt.

Añádase á lo dicho que Gilliatt no era bueno. Un día

un pobre hombre apaleaba á un jumento. El jumento no se movía.

El pobre hombre le dió algunos puntapiés en el vientre, y el animal cayó.

Gilliatt acudió para ayudarle á levantarse, pero inútilmente.

El asno estaba muerto. Gilliatt abofeteó al pobre hombre.

Otro día, viendo á un muchacho bajar de un árbol con un nido de verderones recién nacidos, sin plumas casi y enteramente desnudos, Gilliatt se lo quitó, y llevó su perversidad al extremo de colocarlo de nuevo en el árbol.

Los transeuntes le reconvinieron, y él por toda excusa no hizo mas que indicarles el padre y la madre de los inocentes pajarillos que chillaban encima del árbol y volvian á su nido.

Tenia mucho cariño á los pájaros, y esta es otra señal en que se reconocen generalmente los hechiceros.

Los rapaces se complacen en vaciar los nidos de las gabiotas y alciones que anidan en los alcantilados. Cogen un gran número de huevos azules, amarillos y verdes con que forman rosetones en las delanteras de las chimeneas. Como los alcantilados están cortados á pico, algunas veces los rapaces resbalan, caen y se matan. Nada es tan hermoso como las mamparas adornadas con huevos de aves marítimas. Gilliatt no sabía qué inventar para hacer daño. Se encaramaba con peligro de su propia vida por las escarpaduras de las rocas marítimas, y colocaba en sus picos ha-

ces de heno con sombreros viejos y todo género de espantajos, á fin de impedir á los pájaros que anidasen en ellos, y por consiguiente que los rapaces cogiesen sus nidos.

Por todas estas razones Gilliatt era casi odioso en el país. Era un odio el que inspiraba muy fundado y legítimo.

El año estaba muerto. Gilliatt aboleto al pobre hombre.

Otro día, viendo á un machacho pájar de un árbol con un nido de verdones recién nacidos, sin plumas casi y enteramente desnudos, Gilliatt se lo quitó, y llevó su verdadera al estremo de colocarle de nuevo en el árbol.

Los transeúntes lo reconocieron, y él por toda escusa no hizo mas que indicarle el padre y la madre de los nidos, centes pajarrillos que chillaban encima del árbol y volaban á su nido.

Tenia mucho cariño á los pájaros, y esta es otra señal en que se reconocen generalmente los hechiceros. Los rapaces se complacen en vaciar los nidos de las gaviotas y alchines que anidan en las alcantillas. Cogen un gran número de huevos azules, amarillos y verdes con que forman rosetones en las delanteras de las chimeneas. Como los alcantillas están cortados á pico, algunas veces los rapaces respaldan, caen y se matan. Nada es tan heroico como las manoplas adornadas con huevos de aves marítimas. Gilliatt no sabía qué inventar para hacer daño. Se encaramaba con peligro de su propia vida por las escarpaduras de las rocas marítimas, y colocaba en sus picos las

V.

OTROS LADOS OSCUROS DE GILLIATT.

La opinion respecto de Gilliatt no se habia fijado de una manera bien determinada.

Generalmente se le creia *marcou*, como dicen los franceses, y algunos llegaban á tenerle por *cambion*. El *cambion* es el hijo que una mujer tiene del diablo.

Cuando una mujer ha tenido de un hombre siete varones seguidos, el sétimo es *marcou*, pero para eso es menester que ni una sola hembra interrumpa la serie de los varones.

El *marcou* tiene una flor de lirio natural impresa en una parte cualquiera de su cuerpo, lo que hace que cure